

NOCHE POR LA PAZ**PRESENTACION****Don Alfonso Ibáñez de Aldecoa**

Juan Pablo II en su Mensaje para la XXV Jornada Mundial de la Paz, que se celebra, como en años anteriores, el primero de enero, lo primero que nos recuerda es, que en 1992, se cumple el veinticinco aniversario de su institución, por Pablo VI.

Y a esta distancia de un cuarto de siglo, Su Santidad mira al pasado, en su conjunto, para verificar si verdaderamente ha progresado o no la causa de la paz en el mundo, y si los dolorosos acontecimientos de los últimos tiempos, algunos por desgracia, todavía en curso, no muestran hasta que punto es real el peligro de que la razón humana se deje dominar por egoísmos y odios. En esta reflexión, Juan Pablo II, nos marca el camino a recorrer.

La Paz, es suprema aspiración de la Humanidad a través de la Historia. Esta aspiración es inherente a la naturaleza humana y se manifiesta en el deseo de orden y tranquilidad en la convivencia basada en el respeto recíproco. La Paz es un valor derivado de la ley natural, explicitado por las diversas religiones y por las sanas conciencias políticas y sociales.

La Humanidad desea la Paz, y sin embargo, día a día, se nos escapa de las manos. La clave está en el Evangelio. No es fácil pueda desarrollarse una cultura para la Paz en una realidad desoladora de desigualdades y miserias; en un mundo en el que se cultiva y se practica la educación para la violencia; en un ambiente en el que predomina el modelo del éxito, de la conquista, de la dominación y de la influencia.

No es fácil que la Cultura para la Paz pueda desarrollarse fuera del marco del Evangelio. Y estamos fuera del Evangelio cuando se tira a Dios por

la ventana y cuando se prescinde de toda responsabilidad moral frente a un poder supremo; cuando se cancela en el hombre la imagen de Dios, y cuando se hace del hombre un ser supersagrado e intocable. En un clima de secularización y de desacralización del hombre, lo reconozcamos o no, propendemos al descontento, a la irritación, a la frustración, a la reconcentración; lo que explica, que aún en las personas de natural más tranquilo y pacífico prenda, en ocasiones la agresividad larvada en los espíritus. Hay una conexión trágica entre secularización y agresividad. Cuanto más nos alejamos de Dios, más nos acercamos a la violencia. La paz no es posible sin respetar fielmente el orden establecido por Dios.

Nos dice el Concilio Vaticano II, en la *Gaudium et Spes*, que el bien común del género humano se rige primariamente por la ley eterna, pero en sus exigencias concretas, durante el transcurso del tiempo, está sometido a continuos cambios; por eso la Paz jamás es una cosa del todo hecha, sino un **perpetuo quehacer**.

Un perpetuo quehacer de cada uno de los seres humanos, que a todos exige una mente formada en sentimientos pacíficos. Juan Pablo II en su Instrucción sobre la Reconciliación y la Penitencia, nos dijo que los casos de pecado social son el fruto, la acumulación y la concentración de muchos pecados personales. No basta tener sentimientos pacíficos para avanzar en la causa de la Paz; es preciso, además, conservar o recuperar el sentido del pecado personal, con el fin de que evitemos la tentación de refugiarnos en la culpa colectiva, como fácil recurso para justificar nuestra insensibilidad, pasotismo o indiferencia, ante el precio que la paz social exige a cada ser humano personalmente.

Empecemos por las pequeñas guerras de cada día. En la causa del pacifismo se olvida generalmente la vida diaria, la de mayor dimensión convivencial: cuando somos intolerantes, despectivos, intransigentes, antipáticos

con familiares, con compañeros de trabajo, con antagonistas en ideas, sentimientos e intereses. Aspiramos a crear una conciencia pacifista, pero no intentamos eliminar las pequeñas agresividades en las que diariamente nos enfrascamos, mediante descalificaciones tergiversadas, rumores tendenciosos, difamaciones arbitrarias, acusaciones injustas. Pacifistas sí. Pero ante todo, construir las pequeñas paces de cada día.

La causa de la Paz es ante todo un Sí a la vida. El Papa Juan XXIII ya nos hablaba en la Mater et Magistra del respeto a las leyes de la vida, que por ser sacrosantas, inmutables e inviolables leyes de Dios, han de ser conocidas y respetadas por todos. Quien se aparta de lo establecido por Dios y de cualquier forma ataca la vida del hombre, ofende a Dios, se degrada a sí mismo y a la humanidad entera y no observa el principio del amor, sin el cual la conciencia pacifista no pasara de ser un proyecto sin alas.

La causa de la Paz es un NO rotundo a la educación para la Violencia. La Violencia es el antónimo de la Paz. La Violencia es el uso injusto de la fuerza, tanto física, como psicológica o moral, con el propósito de privar a una persona de un bien al que tiene derecho, o de impedir una opción libre a la que como ser humano se tiene derecho, o de obligar a alguien a hacer algo contrario a su voluntad, a sus ideales o a sus intereses.

Preocupa hoy más alzar barreras a la cultura de la violencia, que intentar asumir ineficazmente la cultura de la Paz. La Humanidad toda debe afirmar el rechazo claro de la violencia, cualquiera que sea su naturaleza y cualquiera que sea su origen. Todo ser humano que esté dispuesto a apostar por el hombre no puede dejar de decir "no a la violencia". A toda clase de violencia, porque en pura conciencia, no hay violencia buena y mala; progresista y reaccionaria; de izquierda y de derecha; provocadora y revanchista. La violencia es siempre mala, porque va contra el orden establecido por Dios, contra la

dignidad del ser humano y contra la legítima aspiración de Paz; y porque siempre engendra violencia, aunque sea de forma oculta y soterrada, y porque nunca resuelve las situaciones injustas, cuando no crea nuevas y más graves situaciones de injusticias, que las que se pretendieran, en su caso, resolver.

Juan Pablo II, en su Mensaje para la Jornada de la Paz de 1992, advierte que trabajar en favor de la Paz atañe a toda persona de buena voluntad, pero sin embargo, este deber es urgente para cuantos profesan la fe en Dios, y más aún, para los cristianos, que tienen como guía y maestro al "Príncipe de la Paz".

Monseñor Fernando Sebastián, Arzobispo Coadjutor de Granada y Administrador Apostólico de Málaga, en un extenso informe sobre el reciente Sínodo europeo, hace unas advertencias que consideramos deben ser recordadas en esta ocasión. Nos dice que la Iglesia española corre el riesgo de convertirse en una nueva Iglesia del silencio, no por persecución, sino por resignación y desánimo. Tenemos que preguntarnos si estamos en condiciones de convencer para el Evangelio a las nuevas generaciones, o si necesitamos una humilde y exigente revisión de nosotros mismos. Merece la pena leer con mucha atención este valioso documento, en el que advierte Monseñor Sebastián que no podemos aceptar la Paz a cualquier precio, en concreto, al precio de convertirnos en una Iglesia minoritaria y socialmente irrelevante e insípida por habernos dejado colonizar interiormente por las formas de vivir del secularismo triunfante.

Juan XXIII en su *Pacem in Terris*, nos recuerda importantes directrices para la causa de la Paz. Sin un nuevo sistema de relaciones establecido bajo los valores de la verdad, de la justicia, de la caridad y la libertad, entre los individuos, entre los ciudadanos y sus respectivos Estados, entre los Estados entre sí, y finalmente entre los individuos, familiares, entidades intermedias y Estados particulares, de un lado y de otro, la comunidad mundial;

nunca podrá consolidarse la Paz verdadera según el orden establecido por Dios.

La Paz no puede darse en la sociedad humana, si primero no se da en el interior de cada hombre, es decir, si primero no guarda cada uno en sí mismo el orden que Dios ha establecido.

Es necesario orar por la Paz. La causa de la Paz no puede obtenerse por las solas fuerzas naturales del hombre, aunque esté motivado por buena voluntad. Para que la sociedad humana constituya un reflejo, lo más perfecto posible, del reino de Dios, es de todo punto necesario el auxilio sobrenatural del cielo. Necesitamos orar, y mucho, por la Paz, por una Paz que supera las fuerzas humanas, que necesita una liberación de las pasiones agresivas y violentas, que sólo es posible respetándonos los hombres mutuamente desde una perspectiva espiritual y desde un fundamento moral.

Queremos, Señor, en nuestra Fiesta de la Conversión de San Pablo, responder al gran reto de la Paz y comprometernos con el llamamiento del Santo Padre, si de verdad estamos dispuestos a vivir el espíritu de la bienaventuranza evangélica que S.S. nos recuerda: "Bienaventurados los que trabajan por la Paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios"

Madrid, 31 de enero de 1992.

Alfonso Ibáñez de Aldecoa